

DIRECTORA:

SARA CASAL Vda. DE QUIROS

Apartado 1239

Teléfono 3707

OFICINA mi casa de

habitación N° 2730

BARRIO: LA California

Av. 1ª Calles 27-29

REVISTA COSTARRICENSE

PUBLICACION SEMANAL PARA EL HOGAR

Benedicida y aprobada por Su Santidad Pío XI
Con la aprobación de la Autoridad Eclesiástica

Suscripción Mensual

—de—

cuatro números

₡ 1.00

AÑO XVI

San José, C. R., Domingo 7 de Julio 1946

No. 691

Hermanas de la Caridad



Sor Rafaela Rojas

Decana del grupo de Hijas de San Vicente
de Paul en el Hospital San Juan de Dios.



Colaboración del Exterior
que nos honra.

El Catolicismo y la mujer en la Post-guerra Bajo la dirección de la Sra. Aida Peláez de Villa-Urrutia

(POR RADIO O'SHEA)

Agradeciendo la gentileza de todas y cada una de las personas que me escriben, por el corto tiempo que dispongo me limitaré a contestar a la que firma "Una voz de la calle" y califica de "tibieza" mi actitud, porque no trato "fuertemente" ciertos asuntos, como si el temor a la pérdida de mi "preciosa vida" me detuviera en la expresión de mis ideas.

Creo haber dicho en uno de estos quince minutos, dedicados al Catolicismo todos los miércoles, que no estoy afiliada a más partido que aquel al que me inscribieron al llevarme a la Pila Bautismal y al que estoy dispuesta a ofrendarle mi vida si fuese necesario. Podrán argüirme que esta ofrenda poco valor tiene, recordando que ya he comenzado a contar un año más, para mi colección de quince lustros; pero, no es esta la primera vez que la hago; no es ahora al final de mi tránsito en este "valle de lágrimas"; ahí están los anales de "La Discusión" en donde con mi seudónimo EUGENIO, (en mis artículos desde Yucatán) puede encontrarse mi relato sobre el susto de la pobre india que me pedía que no siguiera combatiendo a Doña Belén de Sárraga en el diario "La Revista de Mé-

rida", porque me iban a poner una bomba de dinamita, (era entonces Presidente de México Francisco Madero y vice mi amigo el licenciado Pino Suárez) aceptando como una broma con la cual habían conseguido asustar a la india, no por eso dejé mi campaña, al contrario, fui más efusiva en mis manifestaciones de católica y, esto lo hice residiendo en un país amigo pero que no era el mío y cuando me faltaban años para sumar cuarenta de haber llegado al mundo. Lo que me sucede es, que yo entiendo que nosotras, mujeres católicas, debemos tener presente las doctrinas de Jesús, Nuestro Unico Señor, y tratar de conseguir por el amor y la dulzura, la comprensión humana en evitación de torpes procedimientos de los cerebros descentrados que, obedeciendo al empuje maléfico de ajenos intereses, olviden los suyos propios hasta llevarlos al caos, como si el único objeto de sus propósitos fuese la destrucción total de los más sagrados principios, entre los que tiene que considerarse la Patria, por todos los pueblos que no sean víctimas de una obsesión morbosa que los lleve hasta negar que es el Sol, el que ilumina

BETTINA DE HOLST HIJOS

LE OFRECEN:

Gran variedad de artículos para bebé, juegos bordados en todo color de cotoncitas y gorros, juguetes etc.
Gran surtido de pañuelos bordados, y de lino. Lentejuelas de todo color y clase. Elásticos de seda.



na el Día. Tengo muy repetido, que hay ataques que perjudican más a los atacantes que a los atacados y ese que le hicieron a nuestra gloriosa enseña, comprueba mi aserto. Quien se conduce en forma ofensiva con la bandera de su patria, carece de autoridad para que se tome en cuenta algo de lo que diga; la verdad misma pierde su valor, porque se pone en duda, cuando a ella acuden en pretensión de darle aspecto de verdad a las falsedades que propagan. Y, aquí, doy por terminada mi respuesta a "Una Voz de la calle".

—:o:—

Cuando en 1942, en unos de mis artículos (que fue reproducido en la "Revista Costarricense", de la que es Directora propietaria y fundadora la distinguida dama y muy querida amiga mía, Sara Casal viuda de Quirós), dije que S. S. Pío XII había dejado caer su bendición sobre Cuba, al referirme a la gracia concedida por el Santo Padre, entregándole el Arzobispado de la Habana a quien es hoy para orgullo y tranquilidad nuestra, su Eminencia el Cardenal Arteaga, que estimaba indiscutible la infalibilidad del Papa, por el más ateo de todos los ateos (que a mi juicio son muy pocos, pues tengo la seguridad que en sus angustias, no llegarán a dos, los que no implorarán la protección divina) y la infalibilidad de S. S., hoy más que nunca, brilla de manera deslumbrante demostrando que el Espíritu Santo con su sabiduría infinita no

ha dejado de guiarlo y que por ello, en esta hora de confusionismo que vive el mundo, podemos estar confiados en que S. S. Pío XII salvará las almas que pudieran perecer embaucadas por la triste vesania de algunos dirigentes.

Y la gracia divina sigue favoreciendo a Cuba! La inauguración de la Primera Universidad Católica Nacional, que integrarán ochocientos alumnos, esa obra magnífica que tenemos que agradecerle al Reverendo Padre Lorenzo Spirali, que es algo así como la floración del carácter eminentemente católico del cubano, que supo comprender con su esclarecido talento el Reverendo Padre Spirali, representa la modelación de ochocientas inteligencias que, fomentando el amor a Dios, Nuestro Unico Señor, que inspira el amor al prójimo, a la libertad a la justicia y a los derechos humanos, de los que surge la efectividad de la democracia, régimen exterminador de las bastardas ambiciones que, con un nombre hoy y otro mañana, pretenden establecer la esclavitud del hombre en todo el ámbito mundial; la Universidad Católica Nacional, asegura un hermoso futuro a nuestra Patria, ya que las nuevas generaciones no se verán en el peligro de encontrarse envueltas en el paso atrás a la civilización del siglo, al que parecen contribuir unos cuantos desequilibrados, sin darse cuenta que determinados sistemas son como el resurgimiento del feudalismo en su más amplia extensión, ya que los individuos sufriendo la anulación de los derechos que la democracia les reconoce, pasarán a situarse como simples componentes de una actuación mecánica reservada por todos los poderes totalitarios a los pueblos que negándose a doblar las rodillas, ante el Autor de todo lo creado, que se dejó sacrificar por su amor desmedido a la humanidad, se hallarán obligados a ir arrastrándose servilmente ante la primera tiranía que se le imponga por la minoría de turno a la que ellos, destruyendo el significado del vocablo democracia, habrán concedido el título y fa-

SIMPLICITY

EL PATRON MAS EXACTO

EL MAS ELEGANTE

LO ENCONTRARA USTED EN LA

Tienda de DON NARCISO

cultades de amos y señores para regir sus destinos.

Llegue mi aplauso, al Reverendo Padre Spirali, con mi agradecimiento por su tesonera dedicación a elevar nuestras almas, por lo que le sobra razón para considerarse hijo adoptivo de Cuba, ya que como padre cariñoso lo contamos en esta tierra que en las páginas de su historia, tendrá lugar

preferente entre los Beneméritos que mucho tenemos que agradecerle en el sostenimiento de la grandeza de nuestra patria, puesto que la grandeza de las naciones se debilita, fenece, donde no se cuidan los sólidos cimientos de la fe católica.

Aída Peláez de Villa Urrutia

Una cosa es predicar...

El célebre apóstol socialista X^o, que, como Bebel, Blasco Ibáñez y otros se había enriquecido a costa de la candidez de los demás, estaba aquel día meditando en su despacho particular, una pieza cuadrada de elevada techumbre, el retrato de su esposa, los de sus tres pequeñuelos, algunos muebles caros, más que artísticos, modernistas, y quince o veinte macetas distribuidas por la habitación. La amplia ventana abierta daba al alegre jardín. En él corrían y chillaban los hijos del apóstol.

Sin hacer apenas ruido, se abrió la puerta del despacho, y un hombre, todavía joven, penetró en él lentamente.

—¿Cómo ha llegado usted aquí? ¿Y el portero? ¿Y los criados?

—No he visto a nadie. ¿Tiene usted criados?

—Esta pregunta es impertinente.

—Cálmese usted un poco. Yo soy su admirador, el más sincero de sus admiradores. Con mi mujer enferma, con mis hijos hambrientos en mi hogar miserable, cuya atmósfera mata, he asistido casi siempre a sus conferencias metafísicas, filosóficas, morales y sociales... ¡Ya ve usted si le admiro!

—¿Y qué tiene que ver?...

—Tiene que ver, que observo el lujo de esta casa, la cantidad de objetos costosos y superfluos, y me acuerdo, sorprendido, de las frases de usted: "Todos los hombres son iguales"; "son. expresión de un robo sancionado por el hábito, los conceptos

absurdos tuyo y mío". ¿No se acuerda usted ya?

—He trabajado mucho para adquirir esto.

—Yo también. He perdido la fuerza y la esperanza en un trabajo ingrato... Hoy no encuentro ni aún eso.

—La capacidad intelectual no es igual en cada individuo.

—Por eso usted, superior a mí, ha venido enseñándome.

—Bien, ¿y qué quiere usted?

—Quiero vivir sin penas, sin las penas que proceden del desequilibrio social; quiero que mi mujer tenga cuanto la ciencia le aconseje... quiero que mis hijos coman; quiero tener un hogar higiénico y alegre; quiero estar en el mundo así como está usted... Los hombres son iguales.

—Ante la naturaleza.

—Nada más natural que todo esto que pido. La naturaleza lo posee. Por eso lo tiene usted.

—Búsquelo, como yo.

—No lo encuentro.

—Trabaje.

—Ya he trabajado.

—Espere.

—Se me acabó la fe, se me acabó la esperanza.

—Entonces, ¿qué va usted a hacer?

—¡Matar!

—¿Qué dice usted? ¡Dios mío!

—No hay Dios. Ese es un concepto. ¿No se acuerda usted ya?

—¿Y el Código?

—Es obra mía. Le romperé por inútil.

—¿Y la fraternidad?

—Es mentira. ¿Es usted hermano mío?

—¿Si usted fuera mi hermano, tendríamos esta lucha?

—¿Y la caridad... la filantropía?

—¿La caridad? Yo la imploro. ¿Sabe usted dónde está?

—¿Y la libertad, desdichado, y el derecho del semejante?

—¿La libertad? La mía, ¿intenta usted mermármela? ¿El derecho? Mi derecho; frente a él, ¿qué opondrá usted?

—¡Y todo ese egoísmo, para morir al fin!

—Esa razón desalentadora no la usaba usted en cátedra. ¡Y todo para morir! Pues por eso, ilustre sabio... si no tengo un Dios que me premie; si no he de hallar tras la tumba un cielo compensador de mis lágrimas en la tierra; si, como me has dicho, soy un compuesto químico sin más ley que la afinidad ni más fin que la dispersión, deja que mientras tenga la inteligencia en ejercicio siga tus teorías con sus consecuencias lógicas.

Y el obrero, al decir esto, cerró la puerta del despacho, entornó la ventana, sacó un puñal de la faja, arrollada a su cintura y se aproximó a la mesa. El apóstol, pálido, se puso en pie.

—No se mueva usted ni grite. Para mí es hoy el presidio algo mejor que mi hogar. ¿Comprende usted lo que digo?

—Bien; pedid. ¿Cuánto dinero?

—¿Dinero yo? Ninguno. Si me has dicho la verdad desde tu cátedra de sabio, quiero la igualdad de bienes, la igualdad

de comodidades. Si me has engañado, quiero la fe en un Dios de amor, la certeza de una dicha eterna que me arrebataste... Escoge...

—Estais loco.

—Soy tu discípulo. Escoge.

—¡Piedad! ¡Tengo tres hijos!

—Los oigo que ríen y juegan. Sé que se alimentan bien y que tienen asegurado un opulento porvenir. En cambio mis seis hijos, con el hambre en las entrañas y la tristeza en los ojos, contemplan a su madre, que sollozando se muere.

—¡Por Dios!

—¡Si no hay Dios!

—¡Por mí!

—Tú eres mi enemigo.

—Llévate cuanto tengo.

—¿Para qué, pobre sabio? ¿Para tener ahora, sobre el mal que me inculcaste, la nota de ladrón que caiga sobre mis hijos? Tus máximas, desgraciado, son de tal modo venenosas, que en teoría desesperan y en la práctica deshonoran.

—¡Perdóname! ¡Compadéceme!

—A estas palabras reduces tu decantada sabiduría? ¿Qué dices? ¿Me engañabas, o te engañabas tú?

La ventana se abrió. Una cabeza rubia apareció tras ella.

—Papá: mira qué manzana. ¿Me la quieres mondar?

El obrero miró al niño y se restregó los ojos; después guardó el puñal y huyó precipitadamente.

José María M.

(La Aavalancha).

Para sus BUENOS LIBROS

La Librería Las Américas
Avenida Central **Teléfono 5507**

Hermanas de la Caridad

Sor Rafaela Rojas.

En la sublimidad del Cristianismo brilla el amor de Dios, hacia sus siervos revelado en el antiguo y nuevo testamento dentro de manifestaciones que no se esfuman al través de los siglos. Qué sería de la humanidad doliente y afligida si no hubiesen existido entre los miembros de la Iglesia Católica, almas tan grandes y sublimes como la de Juan de Dios, que concentró bajo techo los enfermos y la de Vicente de Paúl, que instituyó la legión de abnegadas mujeres que les cuidan como Hermanas de la Caridad, en los Hospitales y Asilos.

Donde acamparían los niños huérfanos y desamparados, si no hubiesen encontrado un techo y un corazón que les brindara amor en su infancia, obras estas del cristianismo, que cristalizan el mandamiento último del Rabí de Galilea: "Amaos los unos a los otros, como yo os he amado".

Contemplad lector un minuto en vuestra mente, la labor altamente meritoria que para la patria significa la actuación de las Hijas de la Caridad de San Vicente de Paúl, que desde hace más de medio siglo prestan sus servicios en el Hospicio de Huérfanos de San José, y el Hospital San Juan de Dios, y entre las cuales ostenta el decanato la abnegada y muy noble Sor Rafaela

Rojas, servidora del Hospital San Juan de Dios, en todos los servicios desde el año de 1907, en que llegó a Costa Rica. Ella, en compañía de Sor Vicenta Santiago, fueron solicitadas a la Superioridad, para prestar sus servicios en la organización del Hospital de Sangre (Edificio Metálico), después del Terremoto de Cartago, el 4 de Mayo de 1910, dando en esta oportunidad muy eminentes servicios a los pobres pacientes de la tragedia.

Sor Rafaela, ha sufrido en estas últimas semanas, muy serios quebrantos en su salud, pero ya ha entrado en período de mejoría y después de un breve descanso ha retornado nuevamente a sus servicios para cumplir la fidelidad de los votos jurados de servir al pobre y menesteroso en la Benemérita Legión de Hijas de la Caridad de San Vicente de Paúl.

Los enfermos de sus servicios, por mi medio le rinden este homenaje muy cariñoso e imploran al Creador y su Hijo Nuestro Señor Jesucristo, que derrame pródigamente para ella los dones de la salud y la ventura.

Guillermo TRISTAN F.

Julio de 1946.

FARMACIA Dr. M. FISCHER

TELEFONO 4877

EXISTENCIA PERMANENTE DE PENICILINA,
SUEROS Y VACUNAS

Esmerado Despacho de Recetas. Servicio inmediato a domicilio. En la Farmacia Fischer siempre encuentra lo que busca

¡Alabado, adorado, amado, sea el Corazón Eucarístico de Jesús,
en todos los instantes, en todos los tabernáculos!

NOVELA

XXI

Manolo ha organizado este party en un restaurante rústico a orillas de una laguna, mejor dicho, de un lago, civilizado y bello, hijo de las silvestres marismas de antaño. También el restaurante es rústico, como pudo haberlo sido en su día el pequeño Trianón. El maitre, que luce el blanco traje popular, habla siete idiomas. Sobre una gran explanada se alinean las mesas. Delante, el enorme lago, con su engarce de mil luces y sus lanchas que vagan silenciosas. Una orquesta zíngara desgrana sus notas. Huele a pino, a nardo y a humedad.

Jaime Vivanco se inclina ante mí.

—¿Bailamos?

Lo miró sorprendida. ¿Bailar? Si hace años, si hace siglos que ni siquiera Pepe o Luis me toman en broma por el talle.

Siento fijos en mí los ojos escrutadores de Virginia y me dejo de objeciones. ¿No bastará, quizá, el ser flexible y ligera y abandonarse confiada a la dirección de un brazo viril? Los primeros compases y desaparece mi temor. Giro en brazos de Jaime como si no hubiese hecho otra cosa en toda mi vida. Gimen los violines... Las guzlas rasgúan sus acordes atávicos... Y yo giro... giro... giro... en un vals insensato, que me hace perder la noción del tiempo... del sitio... de todo...

—Perdóneme. He dado demasiadas vueltas —me dice mi pareja, sonriendo, muy cerca.

Y yo me suelto con brusquedad.

Stanley, amistoso me ha tendido una copa.

Unas gotitas perlean en mis sienes.

Virginia me mira con mirada extraña.

Jaime me coge la mano.

—¿Mejor...?

Impaciente se la retiro.

Manolo reclama un pasodoble, que por mucho que me esfuerce no puedo darle.

—Dentro de un rato.

Me encuentro estúpida.

Virginia ríe.

Sir Graham, que lleva bebiendo no sé cuántos whiskies, se acomoda a mi lado.

—Mi mujer y yo convenimos al casarnos otorgarnos anualmente un mes de vacaciones. Cada uno lo viviríamos a nuestro antojo. Por separado. —Su voz es tan descolorida como su rostro.— Al principio, yo esperaba, ansioso, mi mes de libertad. Ella, lo temía. "No sé qué hacerme", and that sort of things... Hoy nos sucede lo contrario. Soy yo el que se aburre, y ella la que se evade. Esta es la historia de nuestro matrimonio.

Yo tengo ganas de gritarle: ¡Y a mí qué me importa! Estoy harta de escuchar los tambores y las matracas y los pitos de los demás.

Virginia ríe junto a Jaime. Y yo interpongo a Manolo:

—Ya estoy dispuesta.

El joven diplomático es un bailarín perfecto... Pero no es más que eso...

Robert Stanley es un partner vigoroso, que sabe moverse a compás... Pero no es más que eso.

Sir Graham, con su alcohol y su spleen, es un pobre señor, que tortura el dedo gordo que asoma por mi sandalia.

Y ahora, en mi cuarto, mirando el quieto estanque de Dambovitz, me siento sola. Como nunca. El aire es blando. Algodonoso. Mi frente arde. Y el cielo, allá arriba, presume de luces. Y yo quisiera gritar a la noche plácida:

"Yo comprendo tus estrellas...

comprende tú mi llanto..."

¡Al diablo con Heine! No volveré a probar el tsuica.

XXII

De día me encuentro a mí misma, con pasmosa facilidad. Veo entrar la camisa

bordada y la falda roja de Anicuza, y el mundo vuelve a parecerme aceptable. ¡Ay, Juan Iraeta, aprisionado en esa larva mediocre que es la señorita Sandoval, nunca como anoche te sentí tan vivo...! Y me diste miedo... Y me diste lástima... Pero ¡basta ya!

He hecho amistad con mi doncella. Mientras me cepilla la ropa o me suelta el baño, me da conversación. Y así me entero de que su novio, un bravo y fuerte mozo de las bravas y fuertes huestes de Godreano, lleva meses y meses en prisión. ¿Por qué? Anicuza no lo comprende. Pero sabe que es injusto. Terriblemente injusto el que él ¡y ochenta mil legionarios pertenecientes a la Guardia de Hierro! se encuentren en el fondo de las cárceles o entre los duros cercados de los campos de concentración. Los ojos de Anicuza se han llenado de lágrimas, pero sus labios esbozan una valiente sonrisa:

—Han matado a los jefes. A los mejores. Han perseguido y encerrado a los otros. Pero no importa. Llegará un día..., todos sabemos que llegará un día...

Y yo he puesto mi mano en el hombro de la muchacha.

—Siempre llega un día, Anicuza —le digo muy seria. Y todo aquello que no interesa a mis ilustres compañeros, ocupados siempre de hablar de ellos mismos, lo voy relatando ante la mirada ingenua y admirativa de la novia del legionario de Godreano. Y le hablo de nuestros tiempos heroicos, contra todo y contra todos. De José Antonio. Y de los nuevos tiempos heroicos de nuestra guerra, brecha gloriosa por la que avanza la Esperanza.

—¡Siempre llega un día, Anicuza! La revolución auténtica es como la lava de un volcán. Nada ni nadie puede cortar su irrupción.

Anicuza, en un gesto brusco, me ha besado la mano. Y entre mis dedos, como el brillante más bello que pudiera lucir Nadine, tiembla una lágrima.

XXIII

Jaime ha marchado esta mañana a Budapest, donde permanecerá unos días. Nuestra sociedad se resentirá de su ausencia.

—¿Y cuándo parten ustedes, por fin, a Istambul? —ha preguntado Manolo de sobremesa.

Un silencio embarazoso siguió a esta frase.

—¿Van ustedes a Istambul? —indago inocente.

—Sí —dice la Ilescu—. Nos ha invitado el duque de Tábara a pasar unos días en su casa del Bósforo.

—¡Qué maravilla! —exclamo con entusiasmo. Ya la sola palabra Istambul ha ejercido, desde niña, sobre mí una especie de hechizo fascinador—. ¿Y cuándo marchan?

Nadine titubea.

—Lo venimos retrasando. ¡Lleva usted tan poco tiempo entre nosotros!

Protesto espontánea:

—¡No faltaba más! Mañana mismo me iré al hotel. —Y como noto una ligera molestia en el ambiente, prosigo animada:

—Me quedará aún una semana en Rumania para conocer algo de esta tierra, que nunca le agradeceré bastante haberme descubierto.

—Me hubiera gustado... —indica amable mi anfitriona; pero Virginia le corta la frase con una brusca pregunta:

—¿Qué tal es ese Ali Tábara?

La Ilescu parece perpleja:

—El duque de Tábara... es un hombre encantador... sufrió, hace años, un accidente, que lo ha dejado paralizado de medio cuerpo.

—No sabía que fuese tanto... ¿Y se parece a Jaime?

Nadine reflexiona:

—Hace tiempo que no lo he visto... —su voz se ha hecho más profunda—. Quizá, físicamente, algo. Pero Jaime es mucho más europeo, más corriente.

Hallíeres, levantando la voz, absorbe la atención general discutiendo con Graham unos versos de Chamisso. Yo no he podido pronunciar las preguntas que me bailaban en la punta de la lengua. Cogeré después a Manolo por mi cuenta. Pero no he necesitado molestarme. Ha sido él mismo quien se ha precipitado a contarme cuanto sabe:

—¿Pero cómo no la ha convidado a usted ese fresco de Jaime a la excursión en perspectiva?

—¿Convida Vivanco?

—¡Claro, si es a casa de su hermano!— Y ante mi asombro—. Del famoso Alí Tábara en Istambul.

Como ve que nada sé del asunto, se apresura a ilustrarme.

—¿No recuerda usted haber oído hablar de un duque de Tábara que fué ministro de España en El Cairo y Constantino-
pla, embajador en Rusia después, y uno de los diplomáticos más sutiles de su época? Estaba casado con una circasiana, de gran belleza y fabulosa fortuna. Una princesa Sahnaz, a quien había conocido en París, sin tcharchaf y vestida por Worth. Alfonso y Jaime son hijos de áquel matrimonio. Muchachos excepcionales, educados en los mejores colegios de Europa, pero que, a pesar de su barniz cosmopolita, conservaron muy vivo su genio de españoles. Jaime podría ser madrileño, ¿no encuentra usted? Alfonso, en cambio, tiene, al menos físicamente, algo de árabe, de moro, de oriental. Lleva en sus venas más potente aún ese cruce de razas que muchos de los españoles sentimos en las nuestras. Es un tipo interesante. Y siente a España como usted y yo. Tomó parte como oficial de complemento en nuestra campaña de Marruecos. Era aviador. Y en acción de guerra tuvo un accidente, en el que se fracturó la espina dorsal. Hace de esto ya muchos años. Pero mi ministro aún se emociona cuando me lo cuenta. Quiere un horror a los Vivanco. Pero ahora que caigo, Teresa, ¿por lo visto ignora usted también lo más grande?

Yo arqueo las cejas.

—¿No sabe usted con quién estaba Alí Tábara en vísperas de casarse cuando se rompió la crisma? —Manolo estaba en su elemento—. ¡Con Nadine!

—¿Con la Ilescu?

—¡Con la mismísima! Pero ella lo plantó del modo más brutal. ¡Claro, qué iba a haber hecho! Nuestra musa no tiene temperamento de enfermera.

—¿Y él vive ahora en Istambul?

—Ha estado rodando años y años por clínicas y sanatorios, hasta que los ases de la cirugía lograron hacer de él una especie de muñeco articulado. Creo que no puede moverse de su silla de ruedas. Al menos, no se movía cuando hace cuatro años le conocí. Lleva ya tiempo enterrado en uno de los palacios a orillas del Bósforo, que pertenecieron a su madre. Los Sahnaz, que le adoraban, le legaron un dineral. Es un misántropo, que trata poco con europeos y que se ha gastado millones en ayudar a implantar la revolución turca... ¿Por qué se le habrá ocurrido ahora a Jaime llevarle a domicilio a la Ilescu? ¡Ahí hay gato encerrado! —Los ojillos de Manolo brillan—. ¡Va a ser ésta una excursión curiosa, que siento perderme!

¡Una excursión curiosa! ¡Una aventura fantástica! ¡Yo sí que lo siento...!

XXIV

Miro a Nadine con nuevos ojos desde que conozco su fracasado idilio. No sé por qué, pero a fuerza de serenidad y de empaque, da la impresión de una estatua que hubiera bajado de su pedestal y nos hiciera a los mortales el honor de convivir con nosotros pero sin humanizarse por ello. Permaneciendo siempre distante y helada.

La charla fácil que he sostenido la otra tarde con la gran Marthe Bibesco me habría sido a primer encuentro imposible con la gran Nadine. Yo creo que cohibe, a pesar suyo. "Anoche he releído sus "Canciones a la Primavera". Son admirables de fon-

do, forma y música, y, sin embargo, ¡algo les falta! No "escalofrían". Yo tengo mi termómetro propio y que no me falla jamás. Es como una suave sacudida eléctrica que me corre por la espalda y tiembla en mis pulsos cuando algo me impresiona hondamente. Un mercurio frío, fatal, que no nace en mi cerebro sino en algún punto recóndito de mi sensibilidad. Y que, rebelde a toda influencia extraña, es capaz de permanecer inmovible ante las siete maravillas oficiales del Mundo, pero de manifestarse cuando menos lo supongo. Y aquello que sella con su espontánea emoción, me pertenece para siempre.

XXV

Robert Stanley me ha propuesto una excursión a Curtea de Argés. El y yo, mano a mano, porque los otros se han negado a acompañarnos. He merecido esta distinción por una sola frase que se me ha escapado al descuido.

—¿Qué le ha parecido "St. Patrick-Manor"? —me preguntó ayer. La llecua me había prestado la famosa novela de Graham, que él acaba de dedicarle.

Y yo he contestado atolondrada:

—¡Me ha enseñado a tomar el té!

Nadine me ha mirado sin comprender. Pero Stanley ha soltado una de sus carcajadas más sonoras. En las seiscientas páginas de "St. Patrick-Manor", impresas con una letra tan menuda que me ha hecho llorar los ojos, y que contienen las descripciones más minuciosas de los mil un sucesos que componen ese todo que es la vida de un gentleman-farmer, el acto diario de tomar el té adquiere jerarquía de rito. En verano, bajo el emparrado fresco, sobre el mantel que entona con las flores de la temporada, reluce la porcelana que contiene el sagrado brebaje. Crujen los toast, perfuman la mermelada y la miel. La mantequilla está dura. La nata a punto. En otoño, el rito se ejecuta en la terraza, resguardada de los soplos del viento. El mantel es blan-

co y dice de futuras escarchas. El servicio de loza sombría lleva su luto por los días amables. Gruñe el agua en el samovar. El invierno, en cambio, trae la mesa de té, como con imán de llamas, junto a la gran chimenea. El hall está en sombras. El mantel, de un verde pálido, es color de esperanza. (¡Volverá la primavera!). Y la plata antigua, con sus cubre-fuentes pesados, protege, como con manos amorosas, el calor de los muffins, la tibieza de los crackers, el grado exacto de las tostadas. El samovar, con tenue silbido, exhala por la nariz un espiral de vapor. Lo mismo que los hombres allá afuera, en el parque, que azota el vendaval.

Graham pinta sus cuadros como quien tutea. A punta de alfiler. Sus personajes, cual las gigantescas figuras de las basílicas bizantinas, están formados por piedrecitas.

—Literatura para afortunados que pueden permitirse el lujo de hacer tiempo a que les llegue el sueño —me dice Stanley, mientras rodamos por una blanca carretera camino a Curtea de Argés—, pero que no puede degustar la gran masa moderna que tiene que vivir de prisa, que comer de prisa y que dormir de prisa. A ésta hay que ofrecerle un quick-lunch: extracto, jugo, savia. Hay que hacerla sentir con una sola frase. Reír con dos sílabas. El "cine" nos ha enseñado a escribir a nosotros, los del momento. Somos homeópatas de la literatura. Mire usted, yo creo que el secreto de mi éxito, hablando claro, consiste en que sé concretar. ¡Y que dejo que divague el lector con la cabeza en la almohada! Porque lo que realmente le divierte es la sugerencia que le incita a ser novelista a su vez. El libro, como el arado, vale por el surco que abre. En nuestros días escasea la pasta de papel, y el hombre standard lee en el "Metro". El defecto de los super-intelectuales consiste en despreciar al hombre standard y al Metropolitano. ¡Y después hablan de elevar la cultura de las masas! Yo, a quien tanto denigran, soy un purificador de

(Continuará.)

La Vieja del Purgatorio

Indudablemente mi tía era una santa. Además, sabía cuentos innumerables y tenía un modo gracioso de hablar, con imágenes que se incrustaban en la memoria.

Aludiendo a una persona atolondrada, que no atiende consejos, decía: Es una paloma de campanario.

¡Oh, las cien torres de las Iglesias de Córdoba! Sólo quien os haya visto en la clara mañana de un día de fiesta, puede advertir la justeza de la comparación.

Los cien campaneros echan a vuelo sus quinientas campanas, y millares de palomas, como pétalos blancos, se desparraman con el viento, y un minuto después, vuelven a su campanario, hasta el nuevo repique.

Y hablando de persona desagradecida, solía afirmar: Hacerle un favor es rasarle la cola a un perro. Háganlo y verán que mal lo agradece y qué razón tenía ella para hablar así.

Algunas veces el dicho requería una explicación.

—¡Jesús, hijo! Voy a estar como la vieja del purgatorio—díjome cierto día, ponderando lo mucho que tendría que aguardar el resultado de no recuerdo qué gestión.

Dos o tres veces más volvió a emplear la comparación, y yo le pregunté:

—¿Qué le pasaba, pues, a la vieja del purgatorio?

Ella, que estaba dando los últimos to-

ques a unos manteles, sobre la punta de la mesa del comedor, donde acababa de plancharlos, me miró de hito en hito, puso la plancha sobre los carbones de un brasero que tenía al lado de la puerta, y respondió con dulzura:

—Es cierto; nunca te lo he contado... ¿Quieres tomar un mate de leche? ¿O preferies un casquito de dulce de toronja?

Acepté el mate de leche, que cebó ella misma, y escuché el relato.

“Pues era una viejita que hacía años y años se estaba quemando en el purgatorio, con paciencia de Job.

“Como tenía muy buenos modales y nunca se quejaba, y, por el contrario, siempre hablaba a todos con una sonrisa, las otras ánimas la querían mucho y de buena gana la habrían obsequiado con una parte de las indulgencias que a todos les llegaban de la tierra; pero eso es imposible.

“Los sufragios de los vivos, que son como un rocío refrescante, van a caer infaliblemente sobre el alma por quien se reza.

“En cada festividad, cuando en la tierra se hacen muchas oraciones, apenas había un alma que no recibiera la condonación de una parte de su pena, y a veces un perdón total, cuando la indulgencia era plenaria.

“Como en el purgatorio no hay envidia, todas rodeaban a las que recibían sufragios y las felicitaban, y les decían adiós, si eran de las que echaban a volar al cielo.

“Y se contaban unas a otras de dónde procedía el regalo.

—“Es una comunión que ha hecho mi hija.

—“Es una misa que ha mandado decir mi madre.

—“Es un bendito que ha rezado mi yerno...

“¡Con un simple bendito, aquel yerno cariñoso mandaba al cielo el alma de su suegra! Tan grande juzgaba el Señor el mérito de ellos al rezar por ellas.

CONSULTORIO OPTICO

"RIVERA"

Exámenes científicos de la vista.

LENTES Y ANTEOJOS DE TODO

PRECIOS

Fronte al Gran Hotel Costa Rica

“Pero la viejita estaba triste siempre, porque nadie en el mundo se acordaba de ella. Sus hermanos habían muerto; sus hijos la habían olvidado. Y nunca le llegaba el valor de una jaculatoria.

“Hasta que un día, uno de esos días negros que hay en el purgatorio, cuando los vivos se olvidan de los muertos, uno de esos días en que todas las almas están tristes, vieron ¡oh sorpresa! que la viejita estaba alegre y se zambullía entre las llamas como un delfín en las olas.

—“¿Qué le pasará a la viejita? —se dijeron, sorprendidas, y acudieron a averiguarlo.

—“¿Qué le pasa, señora alma, que tan alegre está?

—“¿Por ventura, ha recibido algunas indulgencias?

“Feliz usted, que las recibe ahora, cuando nadie se acuerda de nosotros!

“La viejita sonreía, transfigurada de go-

zo, mas se soplabla la punta de los dedos; señal de que le ardían.

—“Sí, señoras almas, estoy muy contenta, soy felicísima; y me he puesto a arreglar mi ropita porque voy a salir del purgatorio.

—“¡Felicitaciones! ¿Va a salir hoy? ¿Va a salir mañana?

—“Todavía no, pero va a ser pronto. Ha venido de la tierra el que era mi ángel de la guardia, y me ha dicho: ‘Alégrate, viejita, que estaba tan olvidada, porque hoy te ha nacido un nieto que va a entrar en el seminario, y va a ser sacerdote, y va a cantar misa, y con su primera misa te va a sacar del purgatorio...’ ¡Por eso estoy contenta!

“Y la viejita, sonreía y se soplabla los dedos”.

Y yo también soplabla la bombilla, porque mi tía cebaba mates de leche riquísimos, pero muy calientes.

Hugo Wast.

Diferencia de Edades

Muchos novios tropiezan con el grave inconveniente de la diferencia de edades que entre ellos existe. El inconveniente no estriba, por lo regular, en que adviertan la diferencia y den con ello pábulo a una dificultad para la realización de sus caras ilusiones. Esa sería una reflexión excesiva para la mente de un enamorado. Estos, por el contrario, son especialistas en sofismas y argumentaciones alambicadas cuando de su amor se trata. Nada más ágil para obviar inconvenientes que la imaginación de los enamorados. La dificultad, la verdadera dificultad está en la oposición que, por lo regular, encuentran las parejas... desaparejas entre los miembros de sus respectivas familias.

Si se trata de una jovencita que se enamora de un hombre maduro, éste para la familia de ella será un vejete, una antigua..., y pronto le tocará desempeñar el papel de enfermera en lugar de ser la esposa

feliz, como lo sería si hubiera elegido un hombre de menos edad.

En cuanto a ella —y esto para la familia del novio— es una criatura sin formalidad ni experiencia que “quién sabe los dolores de cabeza que le dará en el futuro”.

Habría que preguntar a estos censores officiosos, a estos pesimistas del amor y la felicidad, cuál es la edad que deben tener el hombre y la mujer para formar una pareja ideal.

Si esto fuera posible, si existiera una fórmula invariable para la determinación de la pareja ideal, y ésta fuera la que se forma entre un hombre y una mujer de la misma edad, o aquella en la que el marido lleva solamente algunos años a su esposa, no veríamos a diario, como vemos, tantos matrimonios que responden, en cuanto a la edad, a la fórmula establecida, pero viven en la más completa desunión y desarmonía.

Si se practicara inopinadamente un censo entre los concurrentes habituales de los "dancings", "boites", confiterías, etc., se llegará sin duda a la comprobación desconcertante de que muchos de sus parroquianos jóvenes son casados, y que allí están "matando el tiempo", "buscando distracción" o "alivio para las penas", mientras sus esposas devoran en el hogar la tristeza del abandono en que están sumidas o andan por esas calles matando el tiempo a su vez.

No pretenderemos aquí hacer el elogio de las uniones desproporcionadas, ni negar la felicidad de los matrimonios jóvenes. Lo que sí negamos es que el equilibrio en las edades sea un factor imprescindible y cierto para el logro de la felicidad, o que la diferencia de algunos años traiga consigo inexorablemente la desdicha.

La felicidad conyugal no está solamente condicionada a la juventud de los esposos; a esa juventud física, muchas veces más aparente que real, ya que se da con frecuencia el caso de que bajo la apariencia del vigor físico se oculta la decrepitud originada por una vida pródiga y disipada. Ni tampoco que sea, a la inversa, síntoma inequívoco de envejecimiento la presencia

en la cabeza de algunas hebras de plata.

La verdadera juventud está en el espíritu, en la energía moral y en el dominio que cada uno tiene sobre sus resortes anímicos. Hay hombres jóvenes que piensan y proceden como viejos, en tanto que hay hombres maduros en cuyos actos y palabras se advierte la presencia de la juventud prolongada a pesar de los años.

Dedúzcase de aquí cuál de los dos está más en condiciones de hacer la felicidad de una joven. Y aplíquese también a la mujer, en su caso, lo que dejamos dicho del hombre.

Claro está que el ideal es una pareja en la que al equilibrio de las edades corresponda también el de la capacidad espiritual para asegurar la mutua felicidad. Pero esto no quiere decir que sea absolutamente esencial este requisito. Tampoco vayamos a los extremos pretendiendo, con esta argumentación, justificar uniones irrisorias. Todo en la vida es relativo. Y la edad del hombre y la mujer que se aman es relativa también... con respecto a la capacidad que tenga cada uno para asegurar la felicidad del otro.

Elena Camper

Consejos a las jóvenes casadas

Diría a la mujer casada que muestra en su semblante un rictus de cansancio o de tristeza: Disfruta alegremente de la vida, mujer; disfruta de esos pequeños goces y satisfacciones que el trato diario con tu esposo pueda proporcionarte. Muéstrale tu alegría, tu gusto y tu agradecimiento, aunque él sólo te ofrezca menudas atenciones: Una flor, un libro, un recuerdo, pueden ser fuente de una gran comunión espiritual entre tú y él. No esperes a verte obsequiada con joyas y vestidos para entonces mostrarte agradecida y contenta. No esperes tampoco acontecimientos trascendentales, viajes, fiestas, paseos para demostrarle tu

satisfacción. Valora y agradece las menudas atenciones diarias, todas esas pequeñas, insignificantes pruebas de cariño y de comprensión que tu marido te otorga y que quizá muchas veces has dejado pasar sin valorarlas.

Puede ser tan feliz la mujer que sepa ser agradecida a la vida. ¡Tiene tanto ganado por conservar perenne su optimismo...! Y una mujer optimista aguza de tal modo su sensibilidad que descubre sin quererlo todas las bellezas de los instantes vividos. No necesita que los días le traigan una felicidad arrobadora; le basta con los dulces momentos que puede llamar suyos

y su espíritu delicado recoge con fruición todas las satisfacciones que para otras son insignificantes.

Todo tiene en la vida un lado bueno para apreciarlo y no debemos jamás olvidar aquel relato de Tolstoy, aquella dulce y serena respuesta de Jesús a los que sólo veían el horror y la repugnancia de la carroña de un pobre perro muerto: "Los dientes son hermosos como las más hermosas per-

las..." Y así, en la vida diaria del hogar, junto a los sinsabores inevitables, junto a las contrariedades y los desengaños de todos los momentos, hay siempre algo... una lección, un consuelo, una esperanza, algo en fin que, como los dientes del cadáver del perro, es bello y resplandece. Sepamos verlo y apreciarlo, sepamos aprovechar de la vida todos los pequeños y sencillos goces que nos brinda.

AVE MARIA

Dios te salva, María,
Sol de las almas, Faro de la mía,
Lirio del Cielo, mística Azucena,
De hermosura, bondad y gracias llena.
Madre del potentado y del mendigo,
Tú sola, Tú por tu pureza eres
Bendita entre todas las mujeres;
Y es de tus altos dones, en tributo,
Santo y bendito de tu vientre el fruto
Sol de las almas, Faro de la mía,
¡Dios te salve, María!

Santa Madre de Dios, el que a ti llega
Halla, amparo y perdón. Ruega, sí, ruega
Por nosotros, los tristes pecadores,
Libértanos del mal y los errores,
Dáanos la fe consoladora y fuerte,
Ahora y en la hora triste de la muerte.
¡Oh, luz, que brillas en eterno día!
¡Santa Madre de Dios, Santa María!

COMPRE

Lotería Nacional

Es la que ofrece más probabilidades de obtener premios de sumas considerables. Además, si se es patriota, debemos apoyarla, pues su producto es para sostener los gastos, aumentar las comodidades, y poner nuestro Hospital San Juan de Dios cada día en mejores condiciones para servir a los costarricenses.

Don Manuel Clemente Quesada

Apóstol de la Enseñanza, consagró toda su vida al auge de la cultura en nuestra Enseñanza Nacional. Ocupó los más altos puestos que le sirvieron para el desarrollo de sus ideales en provecho de las Escuelas y Colegios. Caballero honrado, recto y profundamente religioso. Dios lo premió concediéndole la gracia de tener una hija Reli-

giosa Salesiana. Sor Rosario Quesada, quien como su padre es una magnífica maestra en el Colegio de María Auxiliadora. Nos unimos al dolor que aflige a la distinguida familia Quesada y principalmente a nuestra querida amiga Sor Quesada. Rogamos enviar oraciones por el eterno descanso del alma de don Manuel Clemente.

EL CIELO

Siempre es posible, hijo mío, subir al cie-

ACCION DE GRACIAS

Doy infinitas gracias a San Juan Bosco por un favor alcanzado por su intercesión.

Teresa Escalante de Chacón
San José.

lo... Lo que sube es el alma. A medida que se limpia y se vuelve más diáfana y más pura parece que se hace más liviana, que se desprende un tanto de la tierra, y que se eleva... Y llega hasta una región serena y venturosa, donde no soplan los vientos de las mezquinas pasiones; donde se respira amor por todo lo creado, donde se vive escuchando a Dios... ¡Este es el cielo!

Constancio C. Vigil

RECETAS DE COCINA

Sopa de lentejas:

La víspera se escoge bien media libra de lentejas, se lavan y se dejan en agua fría; al día siguiente se ponen a cocinar con cuatro papas peladas; aparte se pone a freír una cucharada de mantequilla, un apio y un puerro picados y una ramita de tomillo; cuando esto está bien frito se echa en las lentejas y se deja cocinar hasta que todo está bien suave; se cuele esta sopa, se saca el tomillo y las lentejas bien escurridas se muelen en la piedra o en la máquina; se mezclan con el agua que quedó de la sopa y se vuelve a colar para quitar la cascarita de las lentejas; se le agrega suficiente agua caliente, calculando esta cantidad para seis personas. Se condimenta con sal y pimienta y se deja hervir diez minu-

A cargo de doña Digna Casal de Solari

tos más. Se cortan rabanadas de pan cuadrado añejo, se les unta mantequilla, se cortan en cuadritos bien chiquitos, se ponen a tostar al horno y se sirven al mismo tiempo que la sopa.

Joyería MULLER

La más antigua y acreditada joyería, donde encontrará usted: Relojes de las mejores marcas, joyería finísima y artística.

Preciosos regalos para bodas

Aproveche

LAS FACILIDADES QUE EN SU

SECCION DE AHORROS

LE OFRECE EL

Banco de Costa Rica

¿Qué necesidades llena el Seguro de Vida?

Su familia debe seguir haciéndole frente a las exigencias de la vida, aun cuando Ud. falte. Los suyos necesitarán siempre:

- * ALIMENTACION ADECUADA ;
- * VESTIDO APROPIADO ;
- * CASA CONFORTABLE
- * ATENCION MEDICA ;
- * EDUCACION DE LOS NIÑOS

La póliza ordinaria de vida se adapta al hombre que desea proteger a su familia apartando una pequeña cantidad de sus entradas, ya que las primas que se deben pagar al Banco son muy bajas.

La póliza ordinaria de vida goza de dividendos anuales que pueden cobrarse en efectivo o acumularse al monto del seguro, y ofrece muchos otros beneficios.

Llame al teléfono 5800 o escriba a la Sección de Ventas y con gusto ampliaremos los informes y estudiaremos su caso particular.

¡Tenemos un plan de seguro para cada persona!

BANCO NACIONAL DE SEGUROS Fundado en 1924